

AL LECTOR

Querida Zoe:

Me gustaría hablarte sobre el lenguaje, esa gran pasión de toda mi vida. Bueno, en realidad ahora mismo no estoy hablando sino dibujando la sombra de unas formas que tú sabes aclarar porque has ido a la escuela vecina de nuestra casa. Ya ves que se pueden decir cosas con la boca y también con las manos que se llevan al pan. Un escritor castellano del siglo XVI nos dijo que su ideal era *“escribir como se habla”*. En aquella época los literatos presumían de saber latín y conocer muchos vocablos raros. La tarea del opositor era entonces lograr la sencillez. Pero esa simpleza o llanura al mojar la tinta es falsa, una mentira más o menos convincente. Cuando decimos que *“fulano habla como un libro”* queremos decir que se expresa de una manera culta, tal vez demasiado culta, pedante, tonta o rimbombante. Como la escritura se realiza siempre con líneas, podemos mostrarnos aseados y si somos desaliñados es por culpa nuestra pues *“quien no ha dicho lo que ha querido, tiempo ha tenido”*. Los hablantes – no me refiero a los oradores o tribunos que leen sus cuartillas preparadas- no tenemos ese privilegio. El tiempo nos apremia como un galgo tras la liebre, camina a la par de nuestras palabras y, si éstas parecen ser razonables, es porque antes hemos meditado un tiempo y el pensamiento ha tensado la ballesta para lanzar los vocablos en su momento oportuno. No hay nadie que *“hable sin pensar”*. Sencillamente o bien dice tonterías o no calcula adecuadamente las consecuencias y el resultado de sus palabras. ¿Quién llamará cornudo al cornudo en una reunión de amigos cazadores? Los tontos que *“hablan sin pensar”* sí que piensan, pero sus razones no tienen nada más que el ordenamiento gramatical adquirido en la infancia de un modo inconsciente.

Bueno, chata, por hoy ya tienes bastante. Otro día, más...

Mi querida Zoe:

Al comenzar esta segunda carta (“misiva” diría si yo fuera un escritor barroco, un misionero belga o un desenterrador de palabras arcaicas) me asalta una duda: ¿debo escribir como quien dispara a una liebre, “*a salto de mata*”, según las ideas que pasan por mi maltrecho caletre? ¿O, por el contrario, tengo que seguir la estrategia militar de un ejército prusiano que pretende conquistar “metódicamente” una región dada? Si te soy sincero, hija mía, no me apetece nada iniciar con las letras, pasar a las sílabas, luego a los morfemas y palabras, para acabar mostrando cómo se hacen las sisas y composturas de las oraciones que visten nuestras ideas. Cada cual tiene su talla y su maniquí y, por supuesto, su sastre. Claro está que la mayoría acude a la ropa “*prêt à porter*” o “dispuesta para llevar”, los tópicos o lugares comunes. Tal vez la mejor solución de todas sea mezclar, “*a ojo de buen cubero*”, el anarquismo propio de mi instinto natural con la autoridad de los Tratados con los que he tratado, y muchas veces con placer. Veamos lo que sale.

De momento nuestra primerísima experiencia lingüística contigo fue escucharte decir algo inaudito que sonaba así como “*nijao*” y “*sishieé*”. La guía nos señaló que en chino o mandarín dichas voces significaban “hola” y “adiós”. De modo que, al parecer, todos los hombres de pueblos y razas diferentes podemos entendernos trocando unos términos con otros del mismo valor. Pero ¿es así, de veras, realmente? ¿Podemos comprendernos sin más intercambiando cromos de sonidos, estampitas de fonemas? He aquí una cuestión peliaguda que dejo con el pie puesto en el estribo... Ya galoparemos en alguna carta sobre un potro tan salvaje.

Queridísima Zoe:

Habrás ya advertido y tomado buena nota de que entre las dos primeras cartas enviadas existe, aunque mínima, una diferencia apreciable. No es lo mismo decir “*Querida Zoe*” y “*Mi querida Zoe*”. En esta última frase nos encontramos con un posesivo. No quiero decir que “tú” seas verdaderamente “*mía*” - “la maté porque era *mía*”, diría un machista – sino que ese “*mía*” expresa una cierta emotividad o afecto que me une a tu persona. Podemos decir también en español la frase: “me dejó *su* libro”. Ahora bien, la lengua francesa distingue perfectamente si ese “*su*” libro es “*de él*” o es “*de ella*”. Nuestra gramática, fuerte en algunos aspectos, cojea en este punto. Por eso te decía en mi anterior carta que las diversas lenguas no pueden decir siempre las mismas cosas. Piensa, como un ejemplo evidente, en la poesía. En castellano “muerte” rima con “fuerte” y esa coincidencia o casualidad fonética arrima los vocablos en la rima de los versos. Un soneto inglés no puede verdaderamente traducirse al español. A diferencia de la narrativa, donde la trama o historia es importante, los poetas están confinados a las barreras de su propio lenguaje. Y como “lenguaje” rima con “viaje” acabo con una última reflexión: un poeta en inglés o en castellano será más leído que otro cuyo carruaje de versos acabe en Quart de Poblet. Por supuesto, eso no quiere decir en absoluto que la extensión o cantidad sobrepase siempre a la intensidad o cualidad.

Un beso.

¡Hola, Zoe!

A los lingüistas nos gusta “*hablar sobre el habla*” (no se confunda con “*hablar por hablar*”). Un crítico decía que “*escribir es un verbo intransitivo*”; esto es, “sin objeto directo”. O dicho a la pata la llana: “escribir para escribir”. Yo mismo deseo hablar de mis cartas en estas cartas. Hago en ello como don Quijote, que se mete en su propio libro. Pues bien, he hablado de mi trato con Tratados. Podría haber dicho también que he usado Manuales manoseados con las manos. En un caso dado he usado la “t” en mayúscula y en el otro en minúscula. La razón no es arbitraria.

Los escolares aborrecen la ortografía porque les parece masticar un chicle sin sabor (los americanos mascan goma para salivar lo que no hacen durante un *fast food* o comida rápida). Pues bien, las reglas de ortografía, descontado algún capricho académico, son tan importantes como saber que no se puede llevar un pijama a una boda ni un traje colorado a un funeral. La “tierra” con minúscula que contempló Rodrigo de Triana con sus ojos (así diría, con dicho pleonasma, el autor del Poema del Mío Cid) es la tierra que se nos mete en esos mismos ojos cuando sopla el viento. Pero la “Tierra” con mayúsculas es la que solamente han visto de veras unos pocos astronautas. Para los demás nuestro planeta es la imagen de una fotografía.

Pues bien, este pequeño ejemplo (para muestra bien vale un botón) te enseña que la ortografía es capaz de tejer pensamientos finos, hilar de manera sutil ideas que no pueden coger aquellos que tienen los dedos tan gruesos como las gayatas. Pero ya es hora de poner el punto final, esa piedrecilla que se coloca detrás de la frase para que se detenga el carro.

P. D.: Ya sé, ya sé ... me preguntarás si es justo o no lo es suspender la física o la química por haber escrito “bector” o bien “idrógeno”. O, con mayor razón, al olvidarte ¡tres veces! el acento en “aceleracion”. Ya veremos...

Querida Zoe:

Usamos el lenguaje para pensar, pero también las palabras del lenguaje nos dan qué pensar. ¿No has oído nunca decir: “se levanta una tormenta”? En cambio decimos: “cayó un diluvio o una pedregada”. En el primer caso, advertimos que el agua del mar se ha “levantado” formando nubes cargadas de lluvia; en el segundo, es evidente que la lluvia o los pedruscos *caen*, recorren el camino inverso hacia el mar o la tierra. Del mismo modo, los enfriamientos o resfriados no se “cazan” sino que se “pescan” dando por supuesto que el agua, la humedad de los ríos, tiene su buena parte de culpa en el catarro. ¿Es el lenguaje sabio o la sabiduría reside en los hombres que nos valemos de la lengua? Me explico mejor: quiero decir si ese conocimiento nos los da el “sistema” - la *lengua* que aprendemos ya hecha – o bien nos viene del “habla” (la forma en que cada cual se vale o sirve de ese sistema heredado). Porque claro está que esas palabras o esas expresiones nuevas que sacan la nariz en las conversaciones no vienen al mundo por sí mismas mediante generación espontánea.

Perdón, me imagino que esta carta te parecerá un “peñazo”. O sea, una cosa menos divertida que pertenecer a una peña en la que pagas la cuota religiosamente y no asistes nunca a las fiestas.... Los filólogos nos planteamos a veces cosas tan absurdas como hacen los filósofos: ¿existe “este burro” concreto que come paja o “el burro como idea”, del cual este burro no es sino un caso particular? Y si le ponemos la paja a mitad de camino ... ¿de cuál montón comerá? Yo no entiendo las nintendos, pero entiendo que te gusten más que la filología si la reducimos a subjuntivos y a pluscuamperfectos.

Querida Zoe:

A veces *me* pregunto... “a *mi* mismo” (¿no sobra aquí algo si el lenguaje fuese tan sólo un mero arma de la razón pura, siempre tan económica?): “¿cómo debería ser una clase de lengua para hacerse divertida?”. Yo, en el primer día del curso, tras la presentación de rigor, les haría sacar a mis alumnos y a mis alumnas la lengua larga del buey, como en la conocida fotografía de Einstein. Y luego les pediría con un aire muy serio: digan “*en un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...*”. A quien lograra pronunciar tal “frasescita” le concedería *ipso facto* la medalla de la virgen, la matrícula de honor y un pase gratuito para ir al fútbol a ver cómo los hombres de todas las razas se entienden muchísimo mejor usando los borceguíes de los pies que la cabeza.

¿Y qué ganaría con ello? Sencillamente les haría ver que sin la “lengua” física no puede haber tampoco “lenguaje” ni clase de lengua. En la antigüedad, cuando los reyes asirios rivalizaban en brutalidad con los modernos Hitler o Stalin, se hacía cortar la lengua a los siervos *deslenguados*, aquellos tan orgullosos que se atrevían a replicar al amo. Por el contrario, el esclavo que lamía cierta parte del señor progresaba en la casa real hasta que se le acabara la saliva. En el poema medieval del Mío Cid se menciona a un caballero con esta ingeniosa expresión: “*lengua sin manos*”. O sea, como un caballo desbocado, sin el freno y con la rienda suelta. La lengua *muda* o cambia, tiene *motilidad* y si la cortan o *mutilan* nos volvemos mudos. La invención de nuevos “trabalenguas” o “aliteraciones” (“*bajo el ala aleve del leve abanico*”) puede enseñar al alumno de una manera creativa las posibilidades y límites de los órganos de fonación, aquellos encargados en última instancia de producir los sonidos con los que hablamos. Y si, además, añadimos el azúcar del humor blanco con una greguería, pues “miel sobre hojuelas”. He aquí una mía: “*La A es la escalera de mano para ver el resto del abecedario.*”

Querida Zoe:

En los años de mi infancia se hizo muy popular una canción que se pasaba la mitad del tiempo “mamporreando” los oídos con una retahíla de tambor: “*po-rrom-pom-pon...*”. Era la España del porrón, la alpargatilla y el billete para Alemania. También en esas calendas (¡toma ya la cultura de tu padre!) triunfó el famoso trío “*la-la-la*”. Al parecer la *tartamudez* es una tendencia propia de ciertos tiempos de estancamiento intelectual. Si te he puesto estos ejemplos es para enseñarte que la repetición consciente de sílabas ha sido en la historia de la lengua un medio expresivo frecuente para imitar los sonidos naturales: “*ssu-ssu-rrar*”, “*cu-chi-che-o*”, “*a-le-la-do*”, “las *chachas* se pasan el día de “*cháchara*”, etc.

Suele decirse, con toda razón, que los adultos enseñan a los niños el lenguaje. Sin embargo, también ocurre que los nanos, *gateando*, nos cuelen de rondón alguna gota en el vocabulario. La succión del pezón materno es un acto instintivo en el lactante. Ahora bien, ese movimiento natural de los labios origina una serie de implosiones y explosiones que dan lugar a la repetición de sílabas como “*ma-má*” o “*pa-pá*”. Por supuesto, los progenitores no caben en sí de gozo y se les cae la baba pensando que sus retoños ya los reconocen ... ¡Y una puñeta! Sencillamente están haciendo lo mismo que un guitarrista cualquiera cuando trastea el instrumento musical antes de tocar una canción. O sea: ejercitar los músculos.

Querida Zoe:

El otro día te hablé de que los niños, incluso “*gateando*”, nos enseñan palabras como “mamá”. Y de pronto pensé por qué razón decimos que los niños “*gatean*” en lugar de “*perrean*”. ¿A que se debe la preferencia de animal siendo ambos domésticos? Cuando los mayores “*gatean*”, de una habitación a otra estancia, es para que nadie los sienta. Y quien ha visto a un gato arrastrarse para cazar un ratón ya sabe cuán sigiloso y cuidadoso es el felino en sus lentos movimientos. En cuanto a las razones que llevan a “mudar” en mitad de la noche de una a otra habitación dejé a tu imaginación, ya no tan ingenua, el esfuerzo de averiguarlo. Por mi parte, ya lo sé.

Por otro lado, el perro y el gato vienen a ser como el día y la noche, o la miel y la hiel. El perro, salvo que sea faldero, me parece una mascota algo más propia de los hombres y el gato un animal más adecuado a una mujer. Una vida “perruna” o “de perros” nos sugiere una lata vacía puesta en la cola y unos niños gamberros tirando piedras sobre el chucho callejero. En cuanto al gato, subido al muro y maullando a la luz de la luna, podría hacer perfectamente el contrapunto a una señorita maltratando el piano y a la espera de que llegue un hombre no demasiado viejo dispuesto a sentarse en el sofá y a tomar algo más que el café y las tostadas.

Además, cualquier novio cursi puede llamar a su *amorcito* y *cuchi-cuchi* mi “*gatita*”, cosa que no haría si, aunque tuviera uñas gatunas y siendo mimosa a la vez, su carácter le hiciera más digna de ser calificada como un “bull-dog”.

Querida Zoe:

El otro día me permití una “expansión literaria”. Lo siento y procuraré asentar cabeza de ahora en adelante. Nada de fuegos artificiales. En cualquier caso, me parece que mi frívola carta sobre “perros y gatos” puede aportar alguna luz sobre temas lingüísticos. En griego la raíz “gymn” significa “desnudez” y los “gimnastas” compiten en el estadio tal como los dioses olímpicos los trajeron al mundo. Una raíz cercana a “gymn” es “kynos”, cuyo sentido es “can” o perro (de *kynos* viene *cinico* porque hacían el amor desnudos); por otro lado, la raíz “gin” nos da “mujer”, como vemos en “gineceo” o “ginecólogo”. De dicha raíz salen “genes” y “genealogía”. De una misma fuente brotan tres sentidos: desnuda, perra y mujer. El lenguaje es machista porque la historia ha sido forjada por hombres que dejaban a la mujer encerrada en el gineceo. ¿Podrá sorprendernos después de toda esta tramoya filológica expresiones como “hija de perra” o “un cachorro de cada perro”? En cuanto a “conejo” (de *cuniculus*) posee el mismo radical que “can” y comparte en cierto modo la mala fama (“pare como una coneja”). Somos las personas – sin fanatismos - las que debemos cambiar los nombres que revelen desprecio o ataquen la dignidad humana.

Hasta otro día, cachorrillo.

Querida Zoe:

Cierto gitano andaluz, famoso en mi niñez, cantaba una canción cuyo estribillo infantil era así: “*a...e...i...o...u...., borriquito como tú, tururú*”. A la “u”, pobre, le tocaba bailar con la más fea: aquella a quien se le coloca el sombrero con las orejas de asno. Valga este “borrico” ejemplo para hacer hincapié en una doble enseñanza: la primera es la importancia de la poesía. El pareado, como los empareados, permiten tragarnos alguna loncha de salchichón que lleven dentro. En este caso, entre la “u” y “tú” está el “uhhh” del fantasma, una vaga noción nebulosa que nos hace entrever cómo la vocal “u” es un sonido oscuro, cerrado, misterioso como una “tuuumba”. Los franceses (o los catalanes) se darán pronto cuenta que “tomber” es caer y que las “tumbas” se cavan en zanjas. ¡Vaya para qué cosas sirve la filología!

Y ahora vamos a ver la segunda hoja del díptico docente mencionado. El castellano, como el vascuence, tiene “cinco” y solo cinco vocales. El poeta Rimbaud escribió un soneto famoso en el que relacionaba las *cinq voyelles* (el francés tiene más) con varios colores. Al parecer dicho poema se inspiró en un recuerdo escolar. Poco nos importa para nuestro asunto. La cuestión es que el castellano puede enumerar las cinco vocales con los cinco dedos y puede hacerlo con la palma abierta del todo. Pues bien, entre la “a” del pulgar y la “e” del índice hay bastante espacio disponible para meter otras vocales. El catalán tiene entre nuestra “a” y nuestra “e” otra “e” abierta que se halla entre Pinto y Valdemoro. Los castellano-hablantes no sabemos distinguir bien si un payés ampurdanés ha pronunciado “Figueras” o “Figueres” (a muchos les da una figa o una higa saberlo).

Querida Zoe:

Acabé mi carta pasada con una palabra algo fea: *figa*, en catalán; *higa*, en castellano. Pues bien, esa alternancia entre la f catalana y la h castellana me viene aquí de perlas para contarte la historia del *hinojo* o *finojo* que sirvió a los poetas cortesanos para simbolizar el matrimonio de Fernando de Aragón y de Isabel de Castilla. En catalán se pronunciaba “finojo”, con la “f” inicial del nombre de Fernando; en castellano la “f” se aspiró hasta desaparecer y, por tanto, siendo la “h” muda, “hinojo” comenzaba con la “i” de Isabel. Una misma planta, pronunciada cada cual a su modo, representaba la unión de los dos reinos hispanos. Tanto monta, monta tanto.

Y ahora me dejarás darte una pequeña lección magistral. La pedantería es la ostentación de saber algo a quien no desea saberlo. Sin embargo, ocurre que muchas veces el “pedante” no es un engreído sino un “apasionado” que desea compartir su amor con el prójimo. En suma: evangelizar. Claro es que en el mundo hay muchos credos. A mi me sabría a cuerno quemado escuchar a un motorista contar los más nimios detalles de un motor. Supongo que eso mismo pasará conmigo pues “donde las dan las toman”. Y vamos ya con la clase: el vasco no tiene una “f” inicial y, al escuchar las palabras latinas como “facere” o “hacer”, pretendían imitarlas logrando solamente una aspiración que acabó desapareciendo. La “h” es un recuerdo de la “f” latina, como las huellas del follonero impresas, no ya en el hollín o carbón, sino en los vídeos grabados televisivos. Y eso pasó solamente en el castellano y no en otras lenguas romances porque nace nuestro *roman paladino* en la misma zona cercana al territorio vasco.

Una observación final: a esa influencia que una lengua propia ejerce desde abajo sobre otra ajena situada arriba se le llama “*sustrato*” (de *sub*, bajo y *estrato*, capa). Si tú hablastes inglés, por mucho que lo dominases, algunas tendencias nativas de tu idioma aflorarían a la lengua aprendida provocando cambios en ella.

Querida Zoe:

En cierta ocasión, un amigo (no sé si con bondad o bien con broma maliciosa) me sugirió la idea de hacer un “*Arte de escribir*”. O sea: un *revival* de aquellos viejos “Manuales de Retórica” que el Romanticismo guillotiné abriendo las jaulas a los escritores para que éstos dijese libremente con sus péñolas lo que les viniera en gana sin hacer caso alguno de los preceptos... Yo, “*ya conocéis mi torpe aliño indumentario*”, albergo serias dudas sobre la eficacia literaria de tales reglamentos orgánicos. Decir “*verde que te quiero verde*” sin que te pongan verde los críticos más cítricos requiere bastante talento, un poco de suerte y alguna dosis de trabajo nocturno bajo la batuta de las musarañas. Pero, si no es posible enseñar cómo se acierta, sí que lo es el aprendizaje de la forma en que pueden evitarse las meteduras de pata en los charcos de agua. Yo he conocido personas cultas que escriben sin rubor eso de “etc., etc.”. A poco que sepamos latín, advertimos que la abreviación “*etc*” o su desarrollo “*et caetera*” significa “*las demás cosas restantes*”. De manera que el duplicado, un disco rayado, viene a ser como veranear en “Vilanova i la Geltrú, Vilanova i la Geltrú” para no ser menos de los que van a Baden-Baden.

Espero que, en adelante, no cometas nunca dicho error. Te recomiendo los libros de mis paisanos “*El dardo en la palabra*”, las y “*Cosas del lenguaje*”, y “etc”...

Querida Zoe:

Tengo un amigo, ya sabes, que es matemático. En alguna manera nuestras ciencias se parecen. Las matemáticas no tienen valor “en sí mismas” salvo para los sabios amantes de la teoría. Si los cálculos de los matemáticos no sirvieran para que los aviones nos llevaran en una hora y media desde Madrid a París a nadie le importaría un comino el trabajo laborioso de tantos hombres inclinados sobre ecuaciones e integrales. La filología también tiene un valor de medio o instrumento para alcanzar un fin. Por desgracia, ya no estamos en la Grecia de Pericles sino en la Grecia periclitada. Allí, en el ágora, era un medio para triunfar en el foro y lograr que un acusado pagase la mitad o la cuarta parte de una multa. Ahora los abogados aprenden ellos por sí solitos el arte de hablar en público para convencer al tribunal. Y los políticos, muchos de los cuales solamente se expresan pulsando un botón con el dedo, ni siquiera necesitan hablar con una cierta elocuencia. Cuanto peor hablen, mejor: “*éste es de los nuestros*”, se dice el pueblo llano. “¡Manda huevos!” Lo malo es que cuando ese mismo pueblo descubre que los políticos están a la altura de sus molleras exclaman: “No hay pan para tanto chorizo”. Y esto te lo digo, llevando las aguas al molino del lenguaje, para decirte que IVA (impuesto) se escribe con V mientras que “iba” (verbo) se hace con “b”. Quien no haya pagado alguna vez con dinero “negro” que tire la primera factura...

Querida Zoe:

Como sabes, estamos en una grave crisis económica. Muchas personas se quedan en paro y, como no reciben ingresos, tampoco gastan. Pero como los gastos de una persona son los ingresos de otra, resulta que la actividad laboral se resiente y caemos en un peligroso círculo vicioso. Las crisis del capitalismo, basado en el principio de la racionalidad económica, son curiosas: tenemos miles de casas desocupadas y miles de personas que no pueden ocupar esas casas. Pues bien, en el lenguaje también se da esa misma contradicción: es racional y también es ilógico. Quevedo habla en una obra de una batalla “nabal”. O sea, una batalla donde los cañonazos de las “naves” eran “nabos”. Desde un punto de vista lógico mantener dos letras, “b” y “v”, con el mismo sonido es un *gaspillage*, que dirían los *franchutes*. Ahora bien, sin la existencia de ese “despilfarro” fonético no habría sido posible inventar el chiste, hacer el juego de palabras. El lenguaje no solamente sirve para expresar ideas sino también para mostrar emociones, afectos, sentimientos, estados de ánimo y otros fines diversos que no caben del todo en las casillas cuadrículadas de los filósofos.

Algo similar ocurre con los sinónimos. ¿Para qué mantener en nuestro vocabulario *can* y *perro* o asno y *burro* al mismo tiempo? ¿No es doble trabajo para la memoria y más tinta para el papel de los diccionarios? Puede ser. Sin embargo, los filólogos sabemos que nunca se da la existencia “absoluta” de la sinonimia. Dos palabras de sentido aparentemente igual tienden de una forma espontánea a distanciarse para encontrar su propio lugar: can y asno hallan su sitio en el lenguaje escrito mientras que perro y burro son más empleados en el habla. Por otro lado, la sinonimia favorece la variedad, la riqueza, el cambio o diversidad gratos a la vista y al oído. ¿No tenemos un traje de domingo junto al traje de faena, el de la boda o la ropa de semana?

Querida Zoe:

Si los “economistas” del lenguaje pueden poner “*peros*” y arrugar el zuño a la existencia de los “*sinónimos*”, la presencia de “*antónimos*” no tiene ningún bravo filólogo dispuesto a romperse la crisma en alguna revista científica. La cosa parece de lo más natural. ¿Quién no tiene un enemigo, o varios, en esta vida? A la *luz* se oponen las *tinieblas* y la *oscuridad*, al *miedo* el *valor*, a la *tristeza* la *alegría*, etc. Cada una de las ideas de la mente tiene su contraria como si arrojara una sombra larga emanada de su mismo concepto. “*La guerra es el padre de todas las cosas*”, dejó escrito un filósofo griego de cuyo nombre sí me acuerdo pero no te lo quiero dar para no quitarle faena al profesor de filosofía.

En realidad, la categoría de “oposición” es mucho más importante en lingüística que la de semejanza. Yo puedo decir “vino” y “bino” y la borrachera será la misma. Ahora bien, si hablo de un “pato” o de un “gato” me estoy refiriendo a dos animales distintos. La oposición “p/b” hace posible el doble sentido. Y esto sucede así en todo el cuerpo del lenguaje. Un fonema es “ese” fonema porque es “ese” y no es “otro” fonema. Del mismo modo María es María porque no es Juana o Isabel. ¿Y por qué no son ambos fonemas o ambas mozas las mismas? En el caso de las chicas quizás una sea rubia y otra morena, una alta y otra baja, a una le gusta la música y a la otra el cine. En suma, cada chica tiene una “definición”, unos límites que señalan el final de su persona. En el caso de los fonemas sucede lo mismo. La “p” y la “b” podrían ser unas hermanas gemelas, pero la una con el pelo “corto” y la otra con el el pelo “largo”. La única diferencia entre ambos sonidos es que mientras uno es sordo y, por tanto, no vibran las cuerdas vocálicas (caso de la p), el otro es sonoro, esto es, la glotis interviene con una vibración digna de un discípulo de Caruso.

Querida Zoe:

Un poeta latino, Horacio, escribió un verso pretencioso referido a su obra poética: “*He levantado un monumento más perenne que el bronce*”. Ahora están aquí sus odas, llenas de polvo secular, arrumbadas en los estantes altos de la biblioteca y sin que nadie, chico o grande, se interese por ellas. Yo he ampliado su chulesco verso logrando otro de mayor realismo y de una humildad casi, casi franciscana: “*He levantado un monumento más perenne que el bronce...ado*”. O sea, una tez morena que dura tanto como un verano o un remolino de mosquitos en una farola (salvo que hablemos de Julio Iglesias, cuyo bronceado es de bronce como el horaciano).

La cuestión es la siguiente: ¿vale la pena escribir en la playa junto al mar si las olas del tiempo borran siempre la arena? Horacio, como cualquier otro escritor que no sea mentiroso o de un orgullo diabólico, buscaba ser leído, conocido, admirado. Su verso mismo da fe de esa aspiración. Pero además Horacio fue de esos cantores de la *Pax romana* que obtuvieron alpiste con la condición de no salirse jamás de la jaula. No quiero decir que vendiese o alquilara su pluma. Sencillamente que me gusta más la calandria o el ruiseñor que “*no pide ni sufre espectadores*”, según el verso del alicantino Miguel Hernández. Por supuesto, así le fue.

Querida Zoe:

En el deporte, este o aquel, se ha puesto de moda el uso de las estadísticas: “*tantos rebotes*”, “*tantos tiros a puerta*”, etc. Se trata de una forma de medir la “rentabilidad” de cada jugador y del equipo completo. En cierto modo, es un fósil de aquel viejo positivismo científico del siglo XIX. Si no se mesura algo no cuenta: mera metafísica. Hoy parece que las novelas se venden al peso de las páginas. Cuanto más grande es un libro mayor es el tiempo empleado en su lectura y no conviene malgastar el dinero leyendo cuartillas sueltas.

En lingüística también se usa el concepto de “rentabilidad” aplicado a la oposición entre fonemas: la p de pata se distingue de la b de bata pero también de la n de nata o de la l de lata. O sea: tenemos una puntuación de cuatro. Otras oposiciones tienen menos puntos. Si lo piensas bien entre la z y la f apenas obtendrás la diferencia “café/café”. O sea, que la oposición z/f es de “baja rentabilidad” y, por tanto, poco notoria y ostensible ya que no se da en muchas palabras del vocabulario. ¡Y yo tengo la mala suerte de haber nacido en “ZaragoZa”, con dos “z”, que a veces digo Faragofa, y tener además una hija llamada Zoe o Foe!

¡Pues vaya!

Querida Zoe:

El lenguaje sirve para muchas cosas: sirve incluso para que un perro de trineo, cuando oye “*chi*”, gire a la izquierda y cuando oye “*joah*”, tuerza a la derecha. Por supuesto, ese aprendizaje se funda en el látigo y en el terrón de azúcar. A la señal de una voz humana se responde con un acto del mismo modo que las viejas criadas de la casa traían el café al escuchar la campanilla. Las marquesas, las condesas y las señoras burguesas habían leído las experiencias fisiológicas del perro de Paulov. Ese esquema fijo que lleva de un “estímulo” verbal – orden – a una respuesta material se le llama función “*conativa*”: “*haz esto*”, “*dame aquello*”, “*ven aquí*”, “*ponte tal cosa*”, etc. El tiempo verbal usado para dar las ordenes o mandatos es el imperativo y su empleo nos convierte en unos pequeños emperadores. Pero la lengua no es únicamente “*compañera del imperio*”, que diría Nebrija. A veces, en lugar de mandar, pide o ruega. Veáse si no la enorme diferencia entre “*dame*” (poder) y “*déme*” (súplica). Una sencilla vocal cambiada nos lleva desde la cerca Iberia hasta la lejana Siberia. A esta función segunda del lenguaje que nos sirve para rogar, pedir, demandar, expresar deseos, dudas, preguntas o bien manifestar un estado íntimo del alma, los lingüistas no saben demasiado bien cómo llamarla. Se trata de un cajón de sastre y, a falta de otro nombre mejor, se le dice en la profesión “función emotiva”. Finalmente, además de mandar como un cabo o un sargento, o de abrir nuestro corazón al prójimo, se puede también aludir a las cosas tal y como son: “*la casa es grande*”, “*el libro pesa*”, “*esta mañana ha llovido*”, etc. A esa tercera función se la conoce como “referencial”.

Por supuesto, esas tres funciones clásicas del lenguaje (podríamos sacar “*tres veces tres*” o, incluso, “*treinta y tres*” si quisiéramos usar el bisturí o escalpelo) son tan arbitrarias o convencionales como el signo que une el significante “*mesa*” con el significado formado por un tablero y las cuatro patas. Al decir con un gesto facial de esfuerzo: “*el libro pesa*” ¿La frase funciona aquí en este caso de un modo “emocional” o bien “referencial”?

Querida Zoe:

Cuando estuve en Venezuela, apenas lustro y medio después de haber terminado los estudios filológicos, cometí un error garrafal de esos que hacen palidecer y ponerse a los tomates verdes rojos en un par de minutos. Yo había observado que muchas palabras locales comenzaban con la raíz “gua-”: “Guatire”, “Guaira”, “guacamaya”, “Guaicapuro”, “guarapo”, y otras. Pensé entonces que la voz “guachimán” era un vocablo autóctono, nativo, del terruño: pura cepa caribeña. Pues bien, “*guachimán*” resultó ser en cambio la traslación fonética del inglés “*watchman*” o “vigilante”, “el hombre que observa”. Te confieso que mi vanidad detectivesca sufrió un poquito, pero solamente un poquito.

Por supuesto, siempre es posible decir que “mal de muchos consuelo ¿de todos?” ¿O de tontos? Algunos filólogos importantes del Renacimiento pensaban que la “j”, esa letra que nos corta la garganta como un alfanje cuando tenemos anginas o amigdalitis, era de origen árabe. Como no existe en ninguna otra lengua romance la teoría parece razonable. Si queremos imitar el idioma de Mahoma diríamos. “bajjjame la jjjjaula, JJJaime”. Esa aspiración “h” de los musulmanes, semejante a la “j”, se habría introducido en nuestra lengua a causa del contacto secular entre nuestros pueblos. Pues bien, la filología moderna ha demostrado que nuestra “j” es resultado de la evolución natural del latín al castellano. Supongamos que en el alambre de un tendido hay tres pájaros demasiado pegados: los de los extremos tenderán a ... irse a los extremos, a tomar una distancia. Y quien dice pájaros dice los feligreses sentados en el banco de una iglesia. En nuestro idioma pasó exactamente lo mismo. En cierto momento hubo tres fonemas articulados en medio de la lengua, tan cercanos entre sí que provocaban confusiones. ¿Solución? Uno se adelantó y nos dio la “z” de *cereza*; otro se retrasó y, con ello, nació la “j” de *carcajada*. En medio se quedó, como el jueves, la “ch” de “*cacho*” o “*cachivache*”,

¡Hola, Zoe!

¿Dónde se esconde mejor una cruz robada? Cierta sacerdote detective, creado por un converso gordinflón, nos da la respuesta acertada: en el campo de un cementerio. En medio de las demás cruces, la cruz hurtada pasa completamente desapercibida. Así también una china, en una fiesta de chinos, es una oriental más. ¿Te vas a disfrazar de ti misma? Tú posees de oriental solamente la carrocería y el resto es arroz y tartana. Tus hermosos ojos de media luna me parecen “cruasanes” vieneses (la historia de la palabra “*croissant*” es tan interesante que espero contarla algún día)

“Y bien – me dirás- a qué viene todo este envoltorio sobre los disfraces?” Pues viene al cuento de que todos los disfraces son vestidos hechos para engañar ... a medias. Nadie piensa que bajo los hábitos del diablo o la bruja se encuentren seres maléficos. Probablemente serán un humilde empleado de correos, una costurera o un parado con ganas de divertirse una noche. En lengua se llama “*eufemismo*” a una clase de disfraz que pretende endulzar o suavizar una realidad desagradable. La muerte posee el mayor número de eufemismos: “*nos dejó*”, “*se fue al otro barrio*”, “*pasó a mejor vida*”, etc. A veces el “eufemismo” (la voz significa “hablar bien”) es una verdadera “*infamia*” (hablar mal) lanzada sobre el muerto: Pedro, del que se dice que “pasó a mejor vida”, jamás hubiera querido “mudarse”. ¡Tan bien se lo pasaba!

El eufemismo es un tropo o figura retórica como tantísimas otras. Un erudito filólogo ha escrito ¡tres! gruesos volúmenes realizando un catálogo de todos esos “*truquillos*” literarios: *metáfora*, *metonimia*, *sinécdoque*, *zeugma*, etc... (por favor, no gastes neuronas aprendiendo tales nombres). Vale más poner el carro detrás del caballo: antes, ejemplo; luego, definición y, si no hay nombre, se queda con el de “anónimo”.

Pongamos que yo te digo: “*Los hermanos Pinzones.../eran unos mar...ineros*”. ¿Cómo denominamos a esa figura retórica? Digamos que se llama “*pareado frustrado*”, “*censura homófoba*”, “*picardías*” o lo que se quiera. Y si una visita viene con un hijo que nos suscita el pensamiento siguiente: “*este niño es el cabrón*”

que rompió la figura de mármol sobre el piano”, podemos exclamar: ¡*Angelito!* Algunos dirán que se trata aquí de un “*eufemismo*”, pero otros, viendo la realidad desde el cogote, sostendrán que el nombre verdadero de la figura retórica es “*ironía*”.

Entre los tropos, la metáfora es para mí la reina del mambo. En esta preferencia – te confieso – me arrastra mi gusto particular. Si sazonomos a la metáfora con el salero del humor obtenemos esos pinchos sabrosos llamados greguerías. Yo he escrito muchas, de las cuales te regalo dos para que hagas con ellas lo que quieras: una dice: “Cuando el *Excelentísimo* Ministro deje su cargo se llevará solamente a su casa la primera sílaba: un “*ex-*”; la otra es la siguiente: “Las peores *vocaciones* se deciden en las últimas “*vacaciones*”. Como verás, para sacarlas a luz, el significante tira del significado.

Querida Zoe:

Ya que me he comido un “*croissant*” de postre me parece que debo contarte la historia de esta palabra extranjera que los valencianos, ignorantes de “su” pasado (el pasado del bollo, claro), han deformado en “*curasan*” alterando su forma francesa. Los turcos pusieron sitio a mediados del siglo XVII a la ciudad de Viena y, cuando los austriacos lograron vencer el asedio otomano, los reposteros, siguiendo la moda francesa, inventaron para celebrar la victoria un dulce, una luna “*creciente*” o “*croissant*”, símbolo del Islam. Pero la historia de los errores ya consolidados en el lenguaje es tan grande y tan antigua que sería casi imposible la tarea de eliminar todas las equivocaciones. Podemos imaginar que Menorca es la isla “menor”, pero no estaríamos preparados a ver que “Mallorca”, con “ll”, es la isla “mayor”. Ciertos libros como “*El dardo en la palabra*” pueden ejercer una admirable influencia educativa sobre nuestro lenguaje. Después de todo, Carlo Magno, que era analfabeto, encargó al monje británico Alcuino la tarea de volver a un latín más puro, menos degenerado. Claro está que una cosa es hablar mejor de lo que hacemos y otra muy distinta es plantearse la meta imposible de que alguien, una momia, pueda expresarse como si fuera Catón leyendo un catón. Los tiempos cambian ... que es una barbaridad, según don Hilarión.

Querida Zoe:

Si gastas más dinero de lo que ingresas, la bolsa se quedará muy pronto vacía. ¿Debe llamarse a esta observación de sentido común con el pomposo nombre de “ley”? A los economistas del siglo XIX les encantaba hablar de las “leyes del mercado”, unas leyes que dictaba un fantasma con una mano invisible y un puño de hierro y que casi siempre ¡oh casualidad! golpeaba a los más débiles. También los lingüistas, en aquel siglo burgués en el que nadie osaba toser a la ciencia natural, se sacaron de la manga unos jóvenes gramáticos las “leyes fonéticas”. Las lenguas eran unos “organismos vivos” y los animales – ya lo dijo Cartesius – unas simples máquinas, un conjunto de tornillos y ruedecillas de metal juntas en un engranaje. En definitiva, todo el problema se limitaba sencillamente a conocer el modo exacto en que se mueve el juguete. Otros, habitualmente más viejos, daban un zapatazo en la mesa contra las nuevas ideas lingüísticas.

Como puedes ver, los científicos casi siempre andan a la greña, metidos en riñas y lanzándose artículos tras el parapeto de una revista a la muralla de otra (muchas veces, cierto, con *fair play*). En buena medida, debemos confesar sinceramente que aquellos lingüistas jóvenes tenían una gran parte de razón en la polvareda que levantaron. Usando aquellas nuevas leyes fonéticas descubiertas se podía explicar razonablemente cómo muchas palabras latinas, desdentadas y arrugadas con el paso de la edad, se transformaban en las actuales romances. Así, por ejemplo, “solitarius”, mediante el proceso de la evolución fonética “sol(i)tariu>soltario>soltairo>solteiro” nos da “soltero”. ¡Chapeau! Claro está que los especialistas de los dialectos, de las hablas locales, señalaban muchas excepciones a dichas “leyes” y sus partidarios más acérrimos, sacando pecho y levantando el puño, sostenían con la fe del carbonero que habría otras leyes ignoradas que darían cuenta de las excepciones.

¿Y cómo está la cosa ahora? Pues creo que “ni para ti ni para mi”. Las llamadas “leyes”, ciegas y mecánicas, son más bien “tendencias”, como las modas. Marcan, pero no obligan de forma absoluta. Los sonidos, debido sobre todo a motivos fisiológicos,

“tienden” a caminar en una cierta dirección dada, aunque, a veces, se vean “frenados” por motivos diversos. La ciudad latina de Emerita, esto es “Mérida”, hubiera debido llamarse “M...”. Pero ¿habrían aceptado los merideños vivir con las orejas y las narices tapadas y tener como nombre de ciudad un sinónimo de excremento?

Querida Zoe:

Cuando alguien conduce un automóvil debe saber al menos cómo manejar el volante, hacer uso de los cambios de marcha y, si acaso, cambiar una rueda además de cuatro *cosillas* del mismo jaez. ¿Y quienes hablamos? ¿Qué debemos saber los que usamos la lengua? Me parece que la primera cosa que se debe saber para hablar es el arte de callar. Quiero decir: hablar a tiempo, conocer dónde se habla, con quién se habla, qué se quiere y puede decir, y cosas así... Con esto nos introducimos en un tema del cual un amigo mío ha tratado bastante: la relación entre el lenguaje y la sociedad. Las palabras tienen distintos niveles o registros. No hablamos igual en casa viendo un partido con una cerveza en la mano que en la consulta del cardiólogo o ante el jefe de recursos humanos de la empresa. Una vez el santo Iñigo de Loyola estuvo preso unos días porque trató a cierto capitán de “vos”, una forma que se había hecho ya equivalente al “tuteo”. Por eso fue preciso inventar en el siglo XVI como nueva forma de respeto “vuessa merced”, expresión que al contraerse daría “usted”. Con tus amigas, en tu círculo más íntimo -fuera de la familia-, puedes hablar de “tío” o “tía” o, si quieres, apoyarte en las muletas de la cojera mental y verbal, diciendo lo que te “salga de los ovarios o los cojones”. Pero, por favor, *porfa*, *porfi*, no permitas que te escuche nunca, nunca, nunca, rebajarte hasta el nivel ínfimo de quienes no utilizan en su discurso más de doscientas cincuenta palabras...

Querida Zoe:

“*El estilo* – decía Buffon – *es el hombre*”. En realidad, el “*estilo*” es el punzón con el cual el escultor graba o golpea en la piedra. Si, algo torpón, das demasiado fuerte en el mármol, ¡adiós muy buenas! Para manejar bien el estilo se requiere ser estilista, saber cuándo arrear duro y cuando tener tacto, rozar la lápida como si pasaras un guante de seda o un trozo de algodón para limpiar una mancha. Tú seguramente habrás oído en “gramática” hablar de oraciones “*copulativas*”, pero tal vez no se te haya pasado por la mente un toro y una vaca “*copulando*” ni te hayas fijado que en francés “pareja” se dice “*couple*”, como esas *coplas* o *cuplés* que el *gachó* le canta a la *gachi* en la canción española. En cierto *cuplé de cabaret*, ante los requerimientos amorosos del pretendiente (casi siempre un vejestorio), la bella golfa suelta con varias *eses* sibilantes de serpiente esta “*troika*” o tríada: “*quizás, quizás, quizás...*”. En esos “*quizás*” sentimos resbalar nuestra alma llevados por las ansias.

Otro ejemplo de “estilo” sería cuando en un anuncio se leyese: “A las cinco de la tarde, el diestro el Mantecas lidiará seis toros”. La estructura lógica, según la gramática, sería: “El diestro Mantecas lidiará seis toros a las cinco de la tarde”. Pero aquí parece que la pasión taurina revuelve la lógica gramatical. Nos anticipamos. Y es que, para un amante de la llamada fiesta nacional, “las cinco de la tarde” - sabedlo, bien - viene a ser un rito ancestral casi, casi tan sagrado como para un británico con bombín y monóculo el té ... “de las cinco de la tarde”.

Querida Zoe:

Tú sabes bien que un andaluz, abierto o cerrado, no habla del mismo modo que un castellano de Burgos o de Salamanca. Tienen ambos, se dice, un acento distinto. Sin embargo, la mayoría de las personas desconocen que ellas mismas no dicen igual los sonidos de un fonema según la posición que ocupen éstos en la cadena hablada. Si tú dices “*mismo*”, esa “s” no es la misma “s” que al decir la palabra “Sevilla”. Pero hace falta un oído fino o bien un instrumento fonético de cierta sensibilidad para darse cuenta. En un caso (“*mismo*”) estamos ante una “s” sonora; en el otro, la “s” sorda de “Sevilla (en posición inicial) no tiene vibración de las cuerdas sonoras. La lengua española, si pudiese hablar, diría: ¡me importa un comino! En castellano la oposición entre una s sorda y otra s sonora no es pertinente o necesaria. Un francés, por el contrario, debería tener mucho cuidado al solicitar “*poison*” (veneno) o “*poisson*” (pescado). Nuestros vecinos sí que conceden una pertinencia fonológica a la distinción entre ambas “eses”.

Pero aquí no quiero darte solamente una clase de fonética, tratar de los sonidos de la lengua. Tú sabes que la música es un lenguaje universal: algunas melodías nos hacen sentir alegres, frenéticos, con ganas de mover el esqueleto; otras son tristes, melancólicas, tal vez aburridas o soporíferas; otras nos dan miedo y paralizan, etc. El sonido tiene la capacidad de despertar en nosotros ciertas emociones, afectos o sentimientos, movernos a determinadas conductas. Las bandas musicales de las películas de cine explotan estas posibilidades. Pues bien, la poesía ha descubierto mucho antes la potencia simbólica de la fonética, ese poder de engendrar imágenes que tiene el habla humana visto el signo desde el significante. Cuando Garcilaso de la Vega escribe algo zumbón en un poema estos versos:

En el silencio sólo se escuchaba
un zumbido de abejas que sonaba

¿Acaso no escuchamos el revoloteo de los insectos en torno de la colmena? Eso se debe a la sobreabundancia de la fricativa “s”. La voz “fricativa”, de la misma familia que “fricción” o “fregar”, quiere decir que el aire sale continuamente por un canal estrecho, como el pinchazo de la rueda de una bicicleta: “ssss....”. De modo que los sonidos, insignificantes en la teoría, pueden adquirir “significado” tocados con la varita mágica de la lírica.

Y ahora podemos casar a la ilustre fregona fricativa de la “ese” con el gallardo Káiser o el apuesto Príncipe de la “p”. Ambos fonemas, “p” y “k”, son del tipo oclusivo; esto es, de aquellos que cierran las compuertas al aire para luego abrirlas de golpe provocando un ventarrón parecido a una pantanada. El efecto simbólico de las oclusivas es dar la sensación de una explosión: “*booom, plaff, pummm...*”. Veamos cómo Góngora reúne en un díptico esos dos modos opuestos de articular los sonidos: oclusión/fricación.

Rompe Tritón su caracol torcido
sordo huye a vela el bajel al viento

En el primer verso de la pareja nos parece oír romper, triturar, cascar la concha del molusco; en el segundo sentimos casi deslizarse la nao suavemente sobre la sobrefaz marina...

Estilística, ciencia del lenguaje aplicada a la estética.

Querida Zoe:

A la “*bella durmiente*” se opone “*el feo de Morfeo*”. En la palabra “*fe-o*”, la “o” del final nos señala bien a las claras que hablamos sin duda alguna de un varón. En cuanto a la otra voz, “*bell-a*”, la vocal “a” indica que se trata aquí de una chica. Morfeo es el dios del sueño en la mitología griega y la “bella durmiente” es una de sus más fervientes seguidoras, un lirón. Parece que le haya picado la mosca “tse-tsé”. Pues bien, ese “o” que señala la condición masculina y esa “a” que nos muestra la condición femenina se llaman “*morfemas*”. Un “*morfema*” es un “*átomo de sentido*”, la más pequeña unidad dotada de significación. Aquí se nos ha dado solamente información exacta sobre el sexo, pero si yo digo que Bella “duerm-e”, entonces estoy expresando que ella “duerme”... ahora, en el presente, en este mismísimo momento preciso. Aquí ya no tenemos, por tanto, un morfema de género sino uno de tiempo verbal. Cada morfema tiene su campo, su propio conuco, su terreno semántico, igual que los “santos” (con la s de plural) se especializan para esto o aquello: san Blas para la garganta, san Antón para las bestezuelas, etc. A veces los morfemas nos “chivan” a gritos o con señas la profesión: “*zapat-ero*”, “*carnic-ero*”, “*lech-ero*”, “*pescad-ero*”, etc. Esos “eros” son verduras de las eras para los verduleros. En ocasiones, los morfemas, si no deformes, están algo desmemoriados. Se olvidan de lo que fueron. Así pasa con los “-ez” que significaban (igual que los “son” en lenguas nórdicas) “hijo de...” (Pérez, hijo de Pedro; Martínez, hijo de Martín, etc.).

Pero tal vez la mayor trascendencia de los morfemas se halla en los verbos. El sistema verbal latino se derrumbó estrepitosamente siendo cambiado por otro basado en perífrasis o rodeos. El futuro latino “cantabo” (cantaré) se expresó en romance con el infinitivo y el auxiliar “haber”, de modo que “cantar-é” significa “he de cantar”. Y así paso con el condicional: “cantar-ía” es “había de cantar, cantar había”.

Si unas pocas sílabas multiplican las palabras como esas máquinas de juego que dan premio, basta aprender unas cuantas desinencias para saber conjugar todos los verbos habidos y por

haber. ¿Cabe una mayor virtud ahorrativa que el uso de los morfemas en el lenguaje? En los sustantivos, verbigracia, vienen a ser como una percha en cuya raíz se cuelgan toda clase de objetos: sombreros, abrigos, bufandas, paraguas o bolsos. De la raíz “perr-” sacamos el *animal* con la “o” (perro), su tamaño con “ito” o “azo” (perrito o perrazo), la profesión del que los captura (perrero), además de obtener igualmente algunas nociones vagas, abstractas, como “perrería”...

Quien creó la “morfología” – Dios o Natura – no se quedó dormido y roncando en los brazos de Morfeo.

Querida Zoe:

En estas cuartillas, revueltas como si se le hubieran caído a un conferenciante de la mesa, he hablado con suma brevedad de muchas cuestiones importantes: fonética, fonología, estilística... Y ahora – porque quiero – le toca el turno a la sintaxis. Ya te dije que nunca he pretendido enseñarte lingüística – se requieren años para saber una nadería- sino mostrar la profundidad del lenguaje y la belleza fascinante de su fauna o flora. Ante un cuadro de Velázquez expuesto en el Museo del Prado podemos abrir la boca por tres motivos muy diferentes: “bostezo” (¡qué pesadez!); “hambre” (¡ya es hora de acabar!) y, finalmente, “admiración” (¡qué belleza!). Me gustaría que al leer tú estas páginas admirases la *pintura* de la lengua y no al *pintor* de ella (¡embustero! ¿embustero? Como siempre he pensado que la lengua escrita es demasiado pálida para reflejar con rigor la palabra oral, creo que se debería inventar un nuevo signo gráfico que designase la mezcla de duda y exclamación ¡?).

Vamos, pues, a tratar de la sintaxis. La palabra “taxi”, como *hotel*, es universal y en griego significa “acuerdo, arreglo”. El cliente del *taxi* “acuerda” la tarifa con el “taxista”. A la misma familia pertenece “táctica”, que es el arte de “disponer o arreglar” las tropas, la estrategia militar. Pues bien, la “sintaxis” es también el arreglo u orden de las palabras dentro de la frase y de las oraciones entre ellas mismas. Podemos hablar de un modo “atropellado”, como vikingos que se lanzan en tropel sobre una aldea, o bien hacer discursos elocuentes, seguir la “táctica” de las tropas romanas distribuidas en escuadras dispuestas al mando de un decurión o un centurión (nuestra palabra “militar” viene del número “mil”, correspondiente a una formación del ejército romano). La sintaxis exige por tanto la ordenación de las frases conforme a la forma o manera más eficaz posible para lograr la victoria. Podemos limitarnos a juntarlas, yuxtaponerlas: “*Llegué, vi, vencí*”. Julio César tuvo un gran éxito con dicha frasecita, pero con tal estilo descarnado y lacónico ¿se puede ir demasiado lejos en ningún discurso más o menos jugoso?

Otra forma de juntar las frases es “en pie de igualdad”,

como las personas que tienen el mismo nivel en una empresa y precisan “coordinarse”, trabajar juntas en común: “El hombre propone y Dios dispone”. Visto desde la teología, Dios se llevará la mejor parte, pero en gramática el “hombre” y la divinidad quedan empatados, con esa “y” copulativa en la mitad que nos recuerda al yugo donde se unen la pareja de bueyes que tiran al mismo tiempo del carro.

La tercera solución lógica es “yo ordeno y mando”. O sea: una frase queda “sub-ordinada” a la oración principal. Si digo “me gusta el vino, *pero* no me sienta bien”, ese “*pero*” tras la coma viene a ser como echarle gaseosa al fruto de la vid, rebajar un poco el contenido principal. Estas frases subordinadas se llaman “adversativas” porque presentan una “adversidad”. Podríamos haber dado la vuelta y, en vez del “pero” trasero, haber colocado valientemente un “aunque” por delante: “Aunque no me sienta bien, me gusta el vino”. ¿Significa lo mismo? Como se ve, el orden de los factores sí que altera aquí el producto. En la primera frase el camarero no serviría la copa; en la segunda sí que lo vertería en el vaso.

Existen, naturalmente, otras clases de subordinadas, pero no voy a tratar de ellas. Me parece mucho más importante señalar que es en la cantidad de vocabulario y en el número de combinaciones de frases donde radica el valor del lenguaje que está “en nuestras manos”. Todo lo demás (bueno, salvo quizás acaso esmerarse en una dicción que no sea intencionalmente descuidada) pertenece a esa parte “automática” de la lengua. La voluntad no interviene para que los pulmones y el corazón hagan su cometido. Hablamos con sonidos que no elegimos, pero decimos oraciones pensadas y con todas las de la ley.

Querida Zoe:

Comencé esta *obrita* con la canción infantil de unos payasos de la *tele*. Pues bien, me gustaría terminarla con otra canción de los mismos “*clowns*” (para que veas que aquí, en estas cartas, igual que en ciertos restaurantes de postín, “*speak english*”). La canción decía, o dice, así: “*Hola, don Pepito; hola, don José...*”. El tratamiento último no causa ninguna extrañeza. Un “José” bien puede llevar delante como su paje o *valé* el “don” del “*dominus*” o “dueño”. Ahora bien, Pepe, Pepito... ¡Vamos! Un chiste afirma que “un pobretón *con...dón* es... una vulgar *goma*, un *condón* o preservativo”. El diminutivo de Pepe con el “don” nos mueve a risa elástica, como si un par de enanitos del circo nos tirasen de los músculos de la cara y ésta dibujase una sonrisa en forma de cuerda. Con Pepe, como mucho, podemos comer pepinillos. Los langostinos, el jerez y el jabugo están reservados para don José. Como ya ves, hasta de una inocente canción infantil se le puede sacar punta y, cuanto más sepamos usar del lenguaje, mayor puntuación sacaremos en esa materia o asignatura. Claro está que el fin de estudiar “lengua” no es en absoluto para sacar un “sobresaliente”. A veces los salientes sirven para darnos un coscorrón en la cabeza si no nos damos cuenta de que asoman demasiado... Toma nota de lo notable que hay en el lenguaje, prueba a hablar de una manera que seas aprobada por las personas que te oyen y, si no sabes qué decir, suspende el habla. En lengua el suspenso no es nada malo. Vale más callar de forma inteligente en diez lenguas que hablar estúpidamente en una, en dos o en tres. Ser políglota no te da ningún pase para no ser un idiota.

Querida Zoe:

Ya lo habrás oído un millón de veces: la lengua tiene una función comunicativa: los franceses se entienden en francés; los ingleses, en inglés y, nosotros, españoles o “lo que sea”, en castellano (no quiero complicarte con el problema del nombrecito de la lengua). Pues bien, en la economía antes los franceses usaban el franco, los italianos la lira y, aquí, la peseta. Con nuestras monedas “nacionales” podíamos hacer nuestras compras y nuestras ventas en casa. Ahora bien, si se pasaba la frontera se precisaba “cambiar”, hacer que los bancos nos convirtiesen “dólares” en “yuanes”. El euro ha terminado con esa parcelación monetaria y la banca ya no hace de “traductora”. La pregunta que te harás es por qué no existe una lengua “internacional” que sea como el “euro” y nos permita comprendernos a todos sin hacer señas, rebuscar diccionarios o acudir a truchimanes como la mujer de Hernan Cortés. Existen varias respuestas. Una es que tal lengua ya la hubo y fue el latín, que duró para comunicarse los sabios hasta el siglo XVIII (la gente de la calle dejó de hablarla a los pocos siglos de que los bárbaros asomaran sus largas barbas en las ciudades romanas y los magistrados dejaran a los obispos sólo ante el peligro). Esa lengua “internacional” se partió en trozos o pedacitos y cada región farfulló su romance, su *roman paladino* “con el cual se habla al vecino”. Otra, es que dicha lengua “internacional” - hablo del “esperanto” - debe ser de nueva planta, creada en una coctelera como la mezcla gramatical de las ya existentes. Debería tener algo de las virtudes de todas y evitar los defectos de cada una: ni muy caliente, ni muy fría, ni muy seca, ni muy húmeda... O sea, algo imposible. Además, las lenguas vivas perviven en bocas de hombres de carne y hueso. Una lengua artificial, mecánica, se para o detiene cuando se le acaba la cuerda. Si el latín literario, ya convertido en lengua muerta, subsistió hasta un día después de la Ilustración, fue gracias a que tenía mucho impulso y una gran inercia desde las cartas de Cicerón y las batallitas de César. Esto no sucede con el esperanto por mucha esperanza que tengan los esperantistas en que la lengua común, para que sea “de todos”, no debe ser “de

nadie”. Y en ello se equivocan y dan la razón a quienes afirman que siempre ha habido una lengua “internacional” desde los tiempos de Sumer o los acadios. La historia nos demuestra que en cada época un pueblo ha sido dominante y ha impuesto, por la fuerza o la conveniencia, su propio lenguaje. En tiempos del madrileño Lope de Vega o del Inca Garcilaso, el castellano se hablaba de “sol a sol”. Cuando Dante escribía sus pedanterías, el toscano sonaba como la lengua de los ángeles. Más tarde, cuando el astro rey de Europa fue aquel versallesco Borbón disfrazado con peluca y pieles, la lengua francesa se transformó en el idioma de los “finolis” y de los diplomáticos. Nuestra lengua se llenó entonces de galicismos para disgusto y enojo de los puristas que acudieron, con lejía y jabón, para desinfectar el castellano castizo de Lavapiés. Y ahora, en nuestros días, ¡Cuántas academias de inglés florecen prometiendo enseñarnos en un par de meses la lengua de Shakespeare y de los Beatles!

Siempre ha existido una lengua “internacional”.

Querida Zoe:

Trabajando en un seminario, y siendo además filólogo, se pueden aprender muchas cosas interesantes. Por ejemplo, la voz “ortodoxia” se escribe sin la “hache” y la palabra “hereje” con ella... ¡Ni siquiera se ponen de acuerdo en las letras! ¿Cómo se van a poner de acuerdo sobre si María es la madre de Dios o bien es la madre de Jesús, el hijo de Dios? En la catequesis te han enseñado que “orar” es “hablar con Dios”. Pues bien, “orar” es de la misma familia que “oración” - sea gramatical o sea religiosa – y derivan ambas de la palabra latina que designaba la boca, “os, oris”. Y ahora te voy a “desembuchar” o sacar de la boca o “buche” un secreto: “oriente” también tiene la misma raíz. El día tiene su “origen”, su despertar, bostezo o nacimiento, en la región de Asia donde tú has nacido. Mirando a Oriente nos orientamos, y viendo la brújula no perdemos el norte. Toda oración es, en cierto modo, una iluminación, un mirar hacia la luz para no caer en las tinieblas de la noche. El lenguaje está lleno de alusiones a la religión encubiertas, enterradas bajo la capa de siglos hablando en prosa sagrada sin saberlo. No hace falta decir: ¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! Basta con que digamos: ¡Adiós! O, también, es una “adivinanza”. Y el mismo “día” tiene, como “diablo”, la raíz de Dios.

No ensucies nunca el lenguaje de todos hablando mal “*a sabiendas*”, contaminando las palabras con unos sentidos que no poseen: es una blasfemia laica que no se absuelve rezando tres padrenuestros y cuatro avemarías, sino leyendo varios libros al año. Buenos, claro.

Pablo Galindo Arlés
8 de noviembre de 2017